

Xavier Alcalá

El calor de la ceniza



El relato puede parecer generacional, pues el protagonista cuenta su vida a mitad del siglo XX, periodo de madurez del franquismo nacional-católico en el que luchan oscuramente perdedores y ganadores de una guerra fratricida. Diez cursos escolares marcan los hitos de la transición del niño inocente al joven que se ha de enfrentar a la universidad y, así, cortar su cordón umbilical con la familia.

Pero resulta una obra universal por los temas que la vertebran: la amistad, la muerte, el sexo, los excesos de la religión y la dureza de un sistema político totalitario. La amistad corre paralela a una violencia que tiñe de sombras ya la vida infantil. La muerte asalta, desconcierta. El sexo aparece como un premio inalcanzable. El fundamentalismo religioso acosa. La Formación del Espíritu Nacional se impone.

A cuantos, como yo, nacieron bajo el símbolo
del Hongo, que en Hiroshima y Nagasaki
anunció al mundo una nueva era.
A los que, conmigo, entre pías doctrinas y
consignas imperiales, se fueron haciendo
persona en una *Larga Noche de Piedra*.
A todos aquellos que, siguiendo trayectorias
paralelas, pueden certificar la realidad inventada
de mi autobiografía.
A mi generación entera.
Madrid, junio de 1974

In memoriam a Gerino Núñez, que comentó el
manuscrito, y a Ramón Piñeiro, que lo acogió
con cariño.
Veinticinco años después. Trelew, junio de 1999

NOTA DEL AUTOR

Estimado lector:

Quien esto escribe es un hombre mayor, de pelo y barba blancos, que mira su figura en el pasado con el cariño con que observa las de hijos y nietos.

Allá por el verano de 1972 veo a un muchacho de pelo y bigote oscuros iniciando su práctica profesional en la capital del último imperio colonial de Europa: Lisboa. En Lisboa cumplí veinticinco años mientras escribía mi primera novela, la que tienes en tus manos después de muchos repasos.

Tenía la memoria fresca; lo que relataba había terminado apenas siete años atrás. Tecleaba en una Olivetti azul, pequeña, compacta, diseñada para llevar en un maletín. Contaba retazos de vida mía y de los que, como yo, se habían hecho personas en la España de la *Longa Noite de Pedra*, como la llamó el poeta Celso Emilio Ferreiro. Era un muchacho ilusionado; e iluso.

Casi dos años después, en Santiago, le entregaba el original al editor que ya había conseguido rescatar de la censura mi primer texto: una colección de historias, reelaboradas para que se pudieran publicar. No tardó en escribirme a los Estados Unidos, por donde yo andaba. Fue rotundo: la novela que le había entregado estaba muy bien escrita, pero nunca superaría la censura.

La olvidé. Allá en la apabullante «América» escribí relatos cortos y otra novela. Me los premiaron y me los publicaron. *A nosa cinza (Nuestra ceniza)*, que así se titulaba lo que

tienes en las manos, hizo un nuevo intento de demostrar que existía cuando —muerto el dictador— decían que ya no había censura. Mentira: no habría censura en términos de política, pero sí quedaban resabios de moral del pasado.

La rescató un gran hombre: don Ricardo Carvalho, catedrático de Literatura Gallega de la Universidad de Santiago. Consiguió que un editor menor se atreviese a publicarla. Ya estábamos en 1980. La edición se vendió de inmediato. El editor no me pagó los derechos de lo que había vendido.

Entonces apareció un editor nuevo que, conociendo el éxito de aquella obra, se ofreció a publicarla. Y la publicó y republicó... hasta que se arruinó. Me dejó de pagar derechos de la última edición y —véase la pillería— le entregó las planchas de imprenta a un pirata que estuvo imprimiendo la novela durante años. Hasta que una editorial decente, Galaxia, con quien yo había hecho contrato, lo amenazó con llevarlo al juez. Desde 1987 Galaxia administra la edición en gallego (no sin atrancos; entre otros, una denuncia de asociación de padres de alumnos por «obra pornográfica»).

Hace mucho que oigo que *El calor de la ceniza* no es exclusivamente una historia de mi tiempo y mi mundo; que cuanto en ella se relata podría haber ocurrido en muchos lugares de la España silenciada por «los nacionales» en 1939; que también se entiende en otros sitios donde la gente se abre a la vida a contrapelo.

Hace poco me decidí a traducirla al castellano con las adaptaciones necesarias. Y ahí la tienes, lector, amigo desde el momento en que te quieres sumergir en un relato que ya atravesó tres generaciones: la mía, la de mis hijos y hasta la de una nieta que entre sus trabajos de Bachillerato contribuyó a hacer una ruta de *A nosa cinza*. No sé dónde te criaste, si eres mujer u hombre, qué edad tienes... Solamente deseo que les tomes cariño a los personajes de mi

novela, que nos comprendas, que de nuestras vidas aprendas para la tuya.

Recientemente un fotógrafo, lector y relector de esta historia, me dijo que muchas veces pensó en «fotografiar» a mis personajes. Cuando le anuncié que ya fueron «retratados» para la versión de novela gráfica se me disgustó porque un dibujante —y amigo— se le hubiese adelantado. Ojalá te quedes con las ganas de representarlos a tu manera.

Muchas gracias por prestarme atención. Los escritores (ya lo dijo George Orwell) somos como los niños de pecho: necesitamos llamar la atención y que nos atiendan.

Xavier Alcalá, A Coruña, declinando el año aciago de 2020.

Introducción

Yo vine al mundo a fines del verano de 1947 y mi madre murió en el parto. Nací en una aldea atalayada sobre el mar y compartí orfandad con cinco hermanos, principalmente con Carmucha, compañera de juegos durante los años primeros de la infancia.

No tuvimos madre, pero de ella y de su familia llegué a saber mucho más que de la gente de nuestro padre. La tía Carmiña me paseó frecuentemente por la nostalgia de los tiempos idos con su hermana, mientras papá calló siempre, por sistema, el desastre de su historia familiar.

Se llamaba Fina la mujer a la que no conocí en vida —a la que le robé la vida— y había nacido en una casa de piedra con blasones, siempre titulada por la abuela, pretenciosa, «el pazo de la familia»: una construcción casi tísica de tan romántica, rodeada de camelias, magnolios y sauces, en los arrabales de la ciudad donde mucha de mi historia va a transcurrir.

Sus padres fueron don Guillermo y doña Lucía. El abuelo Guillermo era oficial de Infantería y se había vuelto loco en la guerra de África; lo dispensaron de servicio y se pasaba la vida trazando planes de batallas imaginarias. En consecuencia, la abuela se hizo beata en busca de espiritual consuelo, entre músicas sagradas e incienso, para su cruz: un marido demente.

Educaron a las hijas —inevitablemente— en un patriótico, religioso y musical proceso para hacer de ellas perfectos engranajes en la máquina procreativa. Monjas e institu-

trices inglesas colaboraron en la tarea educadora de los abuelos, presidida por dos lemas: «¡Disciplina!» de don Guillermo y «Ten buenos principios y no pienses» de doña Lucía...

Fina era ya una chica seria, harta de la rutina del pazo, cuando por primera vez sintió algo hondo por un hombre. Él había venido al té con un amigo de casa, compañero suyo en el hospital; el amigo hizo las presentaciones y hablaron mucho, fácilmente. Al día siguiente, Fina sentía un no sé qué debilitante al recordar a aquel buen mozo. Se preguntaba si volvería de nuevo cuando lo oyó hablar; estaba ella glorificando a su bienquerido Chopin al piano y falló una nota: el auditorio, aplicado a las delicias de la confitería, no se enteró; pero Manuel sí.

Pasaron los meses y las amigas de la abuela cuchicheaban sobre el noviazgo de Finita y Manuel el médico. Cualquiera día, castamente perfumadas por litúrgicos olores, salían todas juntas de la novena de la Inmaculada en la Merced cuando una se atrevió a preguntar:

—Lucía, ¿y cómo le va a Finita con ese chico?

—Oficialmente nada sabemos —respondió la dama del pazo ocultando que, extraoficialmente, acababa de ver a la pareja en un salón de té de la calle principal y que le gustaba Manuel para yerno: educado, refinado, buen chico, veintisiete años... Al volver a casa habló con su marido: «Guillermo, nos teníamos que informar acerca de él. Rosa la de Balseiro dice que es de su pueblo, de gente conocida».

Al poco llegaban los informes:

«Es de familia muy conocida, como os dijeron. Tienen casa grande y tierras. El padre es abogado y otro hijo también lo es; luego viene Manuel, y tienen otro más estudiando en Santiago. Aquí siempre los apreciamos como gente de orden, y no tienen más defecto que el de la política, pues son todos galleguistas...».

—¡¡Basta!! —don Guillermo cortó a su señora, que leía la carta, y clavó en la hija una mirada fulminante—. Los galleguistas son aún peores que los bolcheviques. Así que ya sabes, Fina, ¡se acabó!

No obstante, a doña Lucía los galleguistas no le parecían una casta tan temible. Los había bien católicos, y de derechas de toda la vida. Eran unos *snoobs* que gastaban el tiempo hablando en gallego y diciendo maravillas de Galicia como si no hubiera en el mundo nada más; y, si hablaban en gallego, otros hablaban en inglés. Ella misma hablaba inglés con sus hijas y en gallego con los criados, y era muy española... Por tanto, como Manuel reunía condiciones para buen partido, decidió arropar los amores de su hija mientras trataba de ablandar la voluntad adversa de su marido.

De tal modo, durante meses Fina y Manuel fueron novios en secreto y con miedo, porque don Guillermo había caído últimamente en la manía de renegar contra la masa de los que no eran de su bando, llamándolos «antipatrias» y prometiendo acabar con ellos, sin distinguos, como si fueran bestias dañinas.

Hasta que un suceso inesperado vino a variar el rumbo de la historia familiar.

Era martes de Carnaval; doña Lucía, sus hijas y las criadas preparaban en la cocina rellenos para las *filloas*. Sonó un estruendo proveniente del despacho y la señora se dirigió en discreto inglés a las «niñas»:

—Ese padre vuestro está cada día peor. Alguna nueva acaba de hacer... —Pero nunca esperaré la que hizo.

Al rato, Carmiña llamaba a la puerta del despacho de los mapas.

—Papá, la comida está en la mesa —y, como no obtuvo respuesta, abrió.

Don Guillermo yacía en el suelo, los brazos en cruz, vestido de gala con banda y medallas, semienvuelto en la bandera bicolor, en una mano un revólver y en la otra una car-

ta. Con los ojos espantosamente abiertos miraba al techo, y de la boca le resbalaba un hilacho de sangre que encharcaba el piso.

En la carta donde justificaba tan siniestra carnalada, mi abuelo daba vivas al rey exiliado y mueras a todo lo que no pudiera girar alrededor del real cetro.

Hubo dificultades para enterrarlo en sagrado...

Don Guillermo murió, doña Lucía preparó el tocado de viuda, que ya nunca se quitaría, y, para regocijo de curas en tiempo de República laica, solicitó misas sin cuento; misas para retirar aquella alma del Purgatorio, donde esperaba que estuviera, pues, según los tranquilizantes razonamientos de su confesor, el suicida no había muerto en pecado mortal. De las tres condiciones para ello, «advertencia plena, consentimiento perfecto y voluntad», al pecador le había faltado la primera por no estar cuerdo.

—Misas de ánimas y mucho rezar —recomendaba el padre cura a la viuda a través de la celosía del confesionario, y ella se lo repetía a sus hijas:

—Mucho rezar, niñas, tenemos que rezar mucho por él...

Oyeron misas y murmuraron plegarias fervorosamente, enlutadamente, durante meses. Pero después el fervor decreció y el luto se convertía en alivio: la vida tenía que seguir. Cuando Manuel le habló de pedir oficialmente la mano de Fina, doña Lucía aceptó. Y al poco (apenas haría un año de la muerte de don Guillermo) se celebraron petición y casamiento.

Durante el viaje de novios mataron a tiros al tío Carlos, hermano de la abuela. La prensa dijo que había sido un crimen político, y la señora inició una nueva sesión de misas (aunque esta vez con menos esperanzas, pues Carlos salía de ver a su querida cuando lo asesinaron).

El nuevo matrimonio vino a vivir con doña Lucía y Carmen. Manuel abrió clínica y Fina trataba con su hermana de alegrar la casa ante un panorama social cada día más som-

brío. Andaban matando a gente conocida y mi abuela rezaba a todas horas por las almas de los muertos, llegando incluso a poner una preocupante mesa con fotos de ellos y velitas encendidas.

Fina tocaba el piano y Carmiña intentaba recitar poemas líricos ingleses. Doña Lucía sonreía amargamente al ver los esfuerzos de sus hijas y, si no rezaba, todo era relatar apocalípticos dimes y diretes recogidos en la calle, augurios que su yerno se empeñaba en refutar. Aquello, aseguraba él, era una enorme confusión que, a todo trance, no tardaría en aclararse.

Y no tardó.

Les interrumpieron la cena. Eran sus hermanos, uno de ellos con los guantes de conducir aún puestos. Saludaron a las señoras apenas con un «buenas noches». Se dirigieron a Manuel:

—No tenemos ideas claras, pero el caso es alcanzar la frontera de Portugal. Toda la noche conduciendo. Llevamos gasolina y dinero en oro. Pudimos escapar de milagro. Papá no quiso venir. Tú piensa lo que haces, Manuel, ¡pero ya!

Manuel apretaba la servilleta en la mano. Calló un momento. Miró a su mujer. Se decidió:

—Me quedo. Después de todo, en el peor de los casos, yo no hice propaganda del Estatuto.

Pero lo marcaba el apellido, y nadie olvidaba la campaña del Estatuto de Autonomía. Al poco tiempo, una amiga de la abuela, esposa de un hombre importante en la nueva situación, le recomendó que se ofreciera como médico en alguno de los frentes ya delineados por la contienda que él se había resistido a imaginar...

Pasaron los meses y se hicieron años. Cuando volvió finalmente, se encontró a un hijo que mal había visto crecer en permisos y por fotos. Y fue sabiendo el balance definitivo de la guerra para su familia: su madre había muerto de un piadoso ataque al corazón antes de saber que le habían

fusilado a dos hijos; y su padre sobrevivía en cualquier mazmorra de cualquier prisión atestada de vencidos.

En la ciudad la gente vestía con uniforme o de luto. Se vio un extraño y aceptó el consejo de un compañero del hospital de campaña: que se quitara de en medio por lo menos durante unos años. Vencido aunque del lado de los vencedores, arruinadas sus ilusiones de juventud, ahora imposibles, Manuel reconoció que lo mejor era alejarse, irse, y por no dañar a su mujer decidió un retiro próximo a lo que ella quería y necesitaba.

Se vinieron a la aldea y empezaron vida nueva. Para adaptarse a ella contaban con Felisa, la criada que les abría las relaciones con el mundo rústico; y con la abuela, mensajera de la ciudad en viajes frecuentes: doña Lucía, que ya vivía solo para la liturgia —con sibarítico gusto para distinguir entre iglesias, curas y horarios que satisficieran sus píos placeres—, enseguida descubrió un activísimo mundo de novenas y triduos en el santoral de la iglesia aldeana y barroca en que yo habría de ser bautizado.

Capítulo I

A comienzos de 1940 mis padres se instalaron en la aldea. Los herederos de un indiano caprichoso le vendieron al nuevo médico una casa modernista, alegre, abierta a la calma de la ría a través de su ventanal, tan ancho como la fachada. En ella se crio Manencho y fuimos naciendo Fuco, Lourenzo, Lucía, Carmucha y yo, los demás hijos del matrimonio que mi nacimiento vendría a deshacer.

La «casa del cubano» enmarca los recuerdos luminosos de mi niñez, que debió ser una sucesión de horas tranquilas formando días, días llenando semanas, semanas definidas por domingos de ropa nueva e iglesia, meses que determinaban las idas y venidas de mis hermanos estudiantes, y años en que lo único notable eran los regalos de Reyes y San Juan, mi santo...

A veces me da un ataque de nostalgia y voy a pasar un fin de semana a la vivienda vacía. Me dejo caer en la poltrona del cuarto de estar y, concentrándome en el silencio del mobiliario, siento llenarse todo con una fantasmagoría de imágenes que trato de recomponer amorosamente, como quien junta las piezas de la vasija encontrada en una excavación:

—*Meu rei, meu rei*, ay, mi clavel de cien hojas... —es la palabra apasionada de Felisa, que me quiso como al hijo que nunca había tenido.

—Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis; dos por... —somos Carmucha y yo canturreando matemáticas desusadas bajo la tutoría del abuelo Francisco.

—Toma, *nené*; ven, *neneíño*; mira, *Xoanciño*... —re veo la solicitud de mis hermanos para el benjamín sin madre.

Y me dejó llevar en el regazo de mi padre, que huele a tabaco y colonia.

—No quiso acostarse, don Manuel —explicaba Felisa—. Decía que tenía que esperar por usted, que no sé qué le quería.

—¿Qué me querría, *meu ruliño*?

Nada. Su pichoncito no quería nada de él; simplemente había esperado para oírlo llegar: el bocinazo leve, las buenas noches de Otilia abriendo el portón, el último acelerón en el hueco del garaje, el tintineo de las llaves asegurando el cierre para el resto de la noche, el chirrido misterioso de la puerta del despacho, los pasos en la galería, el saludo:

—Hola, *ruliños*. ¿Qué tal se portaron estos chicos hoy, Felisa?

Mi padre tenía un olor que era la confianza, el cariño, la satisfacción de las querellas con Carmucha, el punto final de cualquier congoja que el día deparase. Cuántas noches me quedaría yo dormido en el suelo, la cabeza contra los cristales bajos del ventanal, esperando unos focos de coche que agujereasen la oscuridad, mientras don Manuel me olvidaba ayudando en el tránsito largo de un parto o consolando una agonía sin remedio...

Don Manuel, Felisa, Otilia, Carmucha y yo, y Sindo, que cuidaba de la huerta, componíamos el cuadro familiar en aquel tiempo de los primeros recuerdos, capítulo que comienza no sé cuándo y termina con la aparición del abuelo Francisco.

Yo dormía con Carmucha, en el mismo cuarto. Tenía el sueño ligero y ella, pesado. Dormíamos con las cortinas abiertas y muchas veces me despertaba cuando las estrellas aún se desmayaban en el cielo. Me despertaban las ganas de orinar y me sentaba al lado de la cama restregándome los ojos, mirando los contornos imprecisos de las cosas del cuarto alumbradas por el anuncio de la mañana. Carmucha

era un bulto rítmico, un embrollo de ropas que subía y bajaba al respirar... No podía vencer la idea tentadora de despertarla: sacaba el orinal de bajo la cama, me subía en ella e iba soltando contra la hoja de lata una larga y musical meada.

Pero la cría no se despertaba, y me aburría el calor fofu del colchón. Felisa aún tardaría en venir a buscarnos; aún tenía que sonar el despertador de papá, habían de oírse pasos en el corredor y el estruendo grosero de la cisterna. Quedaba tiempo y mejor era acercarse a la ventana, echar vaho en el vidrio para dibujar con los dedos en él; y mirar como el gris de la ría se iba haciendo plata, el negro de los montes, verde, y el cárdeno del cielo, azul, cada vez más claro.

—Nena, mira las lanchas.

Carmucha apenas movía una pierna y yo limpiaba el vaho del cristal para contemplar la procesión de las últimas tarrafas hacia puerto.

Entonces Felisa entraba en la habitación armando barullo. Echaba un montón de ropa limpia en mi cama, movía sillas, encendía luces; venía cantando. Y yo esperaba en silencio, observando su cuerpo firme, los hombros altos, la cabeza ágil moviéndose de aquí para allá; hasta que me daba la orden esperada:

—Despierta a esa perezosa.

Con lo cual yo me disponía al gozo de quitarle la ropa de la cama a Carmucha... para recibir a cambio una precisa bofetada de la sonámbula, que seguiría durmiendo si no fuese por la intervención justiciera de Felisa.

Después venían el agua fría, el jabón y la toalla. Y enseguida la cascarilla.

Nos sentábamos alrededor de la mesa de la cocina. Otilia ponía el mantel y sobre el mantel iba colocando los cuencos, el pan, la bola de mantequilla, el azucarero, el cuecelech, el cazo de la cascarilla de cacao... Por la ventana de la cocina se veía la huerta lavada de orvallo; los pá-